

zar por esta mísera vida, manchas que puedan hacer ingrata su memoria.

Octubre de 1890.

TEODORO PICADO.

EL MÉDICO PRACTICO.

(Colaboración).

Quizá si este libro no hubiese dividido la opinión de nuestros facultativos, no habría despertado interés alguno en la generalidad que no puede estar en situación de interesarse por una obra cualquiera por solo los méritos de ella que no conoce.

La parte inteligente de nuestra sociedad ha fallado á nuestro juicio en sentido favorable puesto que ha suscrito peticiones de obra referida.

Respetamos tantísimo la opinión de ciertas personas que por sus méritos jamás puestos en tela de juicio, pudiéramos llamarlas oráculos, que desconfiamos por un momento al leer su informe desfavorable.

Sin embargo, el Sr. Pérez Llorente, cumplido caballero, agente encargado de la venta de la obra, nos hizo el favor de mostrarnos el extenso prospecto de ésta y nos dió explicaciones tan claras, tan sin pretensiones, no solamente de la bondad de la obra sino de los poderosos motivos que algunos médicos tuvieron para no recomendar la obra al público, que, sen como fuese, nosotros quedamos pensando bien del libro.

Ridículo sería que, dada nuestra ignorancia, escribiésemos artículos de alabanza á esa obra; pero si veriáramos con mucho gusto que los señores agentes honraran nuestro semanario escribiendo en él y lo mismo aquellas personas que no parecen simpatizar con la obra en referencia. Así podíamos todos formarnos juicio imparcial y adoptar ó rechazar el libro.

Al que le caiga la cantella . .

No hace muchos días hubo que lamentar la desgracia ocurrida á los obreros Chico Zúñiga, Manuel Herrera y otros cuyos nombres no recordamos, desgracia acaecida en el edificio que se construye para Colegio de Señoritas. Hemos pedido datos y en vista de ellos preguntáramos al Empresario:

¿Cree Ud. señor maestro, que es preferible que se maten seis ó más hombres á hacer Ud. un gasto aunque no fuera más que por humanidad si en su contrato, con gran imprevisión, no se hablara del andamiage?

Nosotros, ignorantes, no sabemos si en este país existe algún empleado que tenga la obligación de vigilar y porvenir casos semejantes. Si hay quien obligue á derribar una pared desplomada. ¿No hay quien vigile si los andamios de una construcción están podridos y van ocasionar las lágrimas y luto

de familias dignas de mejor suerte? ¿Es el Director de Obras Públicas el Ingeniero Municipal ó quien es el culpable?

Suplicamos al señor Ministro tome nota de esto.

Costa Rica y Colombia.

Creemos también con "El Herald" que el "Porvenir de Cartagena" se ha entretenido en hacer el payazo; pero de todos modos aplaudimos la entereza de nuestro Ministro del Exterior.

Hay algo que aún el más débil puede hacer, tener dignidad.

Por la ley del más fuerte, Costa Rica parece sentenciada de antemano.

Por la ley del menos digno Costa Rica triunfaría aún siendo vencida.

Muy duro se nos hace creer que el Gobierno de una Nación culta y altamente civilizada tenga pretensiones de quijote conquistador.

Fresco aún está el recuerdo de lo sucedido al brillante ejército francés en España.

Si los costarricenses somos pocos, si nuestra patria carece de Marina y elementos de Guerra, sus hijos abundamos en amor por ella y la historia demuestra cuán difícil es domar un pueblo amante de su libertad y autonomía, aún cuando para defenderse tenga solo la manos.

No queremos ni suponer que el Ilustre Congreso Colombiano haya autorizado á Holguín para enagenar nuestros territorios, pero si hubiese si hubiese sucedido así, vengan á tomarlos.

Tiempo hace ya que como una espada de Damocles tenemos suspendida sobre nuestra cabeza la política del piso alto y á todos los costarricenses nos sería agradable una solución final, pero completa y decisiva.

Esto no es decir que rechazamos la Diplomacia y el arbitraje, al contrario, siempre se lo hemos propuesto á nuestra hermanita, y siempre hemos pensado los costarricenses que son esos los únicos medios que la justicia y la civilización tienen para derimir las diferencias entre las naciones.

Seguros estamos que el sensato pueblo colombiano piensa también así.

SECCION HUMORISTICA.

Si decimos como los periodistas de moda: "La demasiada abundancia de materiales no nos permite etc., etc., (aunque los infelices tienen tal abundancia de . . . espacios, que entre suelto y suelto cabría un pleito de perros), pues bien, si dejáramos eso, no sería cierto porque no nos queda más remedio que confesarnos reducidos á pavesas con los dos fuegos graneados que sobre nosotros se han dignado cruzar las potentísimas baterías de campaña llamadas Réd y Chi-

ra ¡qué par de vástagos!!! y hasta el sábado hijos míos, porque estoy envenenado. . . . Sí señores, pero no como Lolo, el protagonista de la historieta del otro sábado, ni como cierto Cirineo ni como cierto chivo, sino pura y simplemente con antipirina; los boticarios no quieren creer que es veneno y lo venden como quien vende rábanos. Y mi buen amigo el Redactor que es algo así como firmáteseco queda exceptuado de tal cargo por no merecerlo. . . . (ó talvez por ser Redactor).

INSERCIONES.

EL AHORRO

por SAMUEL SMILES,

(Continúa.)

La mera riqueza material que nos ha sido legada por nuestros antecesores forma tan sólo una partida insignificante en la suma de nuestra herencia. Nuestros derechos de nacimiento cuentan con algo más impercedero: la suma de los efectos útiles de la aptitud y del trabajo humanos. Estos efectos no han sido transmitidos por medio del estudio, sino por la enseñanza y el ejemplo. Una generación ha enseñado á otra, y de esa manera han continuado siendo preservados el arte y la mecánica, y el conocimiento de las aplicaciones y los materiales mecánicos. Los trabajos y los esfuerzos de las generaciones anteriores se transmitían de ese modo de padre á hijo, y continúan siendo herencia natural de la raza humana, uno de los instrumentos más importantes de la civilización.

Nuestros derechos de nacimiento consisten, pues, en los efectos útiles de los trabajos de nuestros antecesores; pero no podemos disfrutarlos sin que tomemos parte en la obra. Todos deben trabajar, ya sea con las manos ó con la cabeza. Sin el trabajo, de nada vale la vida; se convierte en un simple estado de letargo moral. No nos referimos al trabajo meramente físico. Hay muchísimo más trabajo en un orden más elevado, el trabajo de la acción y del sufrimiento, de la prueba y de la paciencia, de la empresa y de la filantropía, de difundir la verdad y la civilización, de disminuir el sufrimiento y aliviar á los pobres, de ayudar á los débiles y de ponerlos en condición de ayudarse á sí mismos.

Un corazón noble,—dice Barrow,—desdenará vivir del trabajo de otros, como un zángano de colmena, como sabandija que hurta su alimento en los graneros públicos, ó como tiburón que devora los peces pequeños, sino que sobrepujará sus obligaciones privadas por el cuidado y afán de otros hombres, con servicios y beneficios considerables hechos al público; porque no hay posición de ninguna clase, desde el cetro hasta el azadón, cuyo desempeño con algún éxito, crédito ó satisfacción, no exija mucho trabajo de cabeza, ó de manos, ó de ambas cosas á la vez.

El trabajo no es sólo una necesidad, sino también un placer. Lo que de otra manera sería una maldición, se convierte en bendición á causa de la constitución de nuestro sistema físico. Nuestra vida es un conflicto con la naturaleza, en ciertos conceptos, pero en otros es también una coope-

ración con la naturaleza. El sol, el aire y la tierra están constantemente abstrayendo de nosotros nuestras fuerzas vitales. De ahí que tengamos que comer y beber para alimentarnos y que nos vistamos para adquirir calor.

La naturaleza trabaja con nosotros; provee la tierra que nosotros aramos; hace crecer y madurar las semillas que sembramos y cosechamos. Proporciona, con la ayuda del trabajo humano, la lana que tejemos y el alimento que nos nutre. Y nunca debiera olvidarse, por ricos ó pobres que seamos, que todo lo que comemos, todo aquello con que nos vestimos, todo lo que nos sirve de techo y abrigo, desde el palacio hasta la choza, es producto del trabajo.

Los hombres cooperan entre sí para el mantenimiento mutuo de todos. El labrador cultiva la tierra y provee de alimento; el fabricante teje los paños, que el sastre y la costura convierten en vestidos, y los albañiles edifican las casas en que disfrutamos la vida doméstica. Así, pues, es grande el número de los operarios que contribuyen á crear el resultado general.

El trabajo y la aptitud aplicados á las cosas más vulgares les dan desde luego un valor precioso. El trabajo es realmente la vida de la humanidad; quitadlo, desterradlo, y la raza de Adán quedaría en el acto herida de muerte. "Aquel que no quiera trabajar,—dijo San Pablo,—tampoco deberá comer;" y el apóstol se gloriaba de que había trabajado con sus propias manos, y nunca había sido una carga para ningún hombre. Harto conocida es la historia de un viejo labrador que llamó á sus tres ociosos hijos, estando en el lecho de la muerte, para comunicárles un importante secreto.—"Hijos míos, les digo, un gran tesoro está escondido en la propiedad que os voy á dejar."—El anciano dió una boqueada.—¿Dónde está escondido?—preguntaron sus hijos á una voz.—"Os lo voy á decir,—dijo el anciano,—tendréis que cavar. . . ." pero le faltó el aliento antes que pudiera comunicar el importante secreto, y murió. Inmediatamente se pusieron los hijos á trabajar con palas y azadas los campos abandonados desde tanto tiempo, y dieron vuelta á todo terrón, á todo césped de la propiedad. No descubrieron tesoro ninguno, pero aprendieron á trabajar, y llegó la cosecha, el producto fué inmenso, á consecuencia de aquella labranza tan completa que había sufrido.—Entonces descubrieron el tesoro escondido en la heredad, del que su sabio padre les había prevenido. (1).

El trabajo es á la vez una carga, un castigo, un honor y un placer.—Puede ser identificado con la pobreza, pero también hay gloria en él. Atestigüa á la vez nuestras carencias y nuestras muchas necesidades. ¿Qué serían el hombre, la vida y la civilización, sin el trabajo? Todo lo que es grande en el hombre procede del trabajo: grandeza en el arte, en la literatura, en la ciencia. El saber—*alas con que volamos hacia el cielo*—sólo se adquiere por medio del trabajo. El genio sólo es la capacidad de trabajar intensamente, la facultad de hacer esfuerzos grandes y permanentes. El trabajo puede ser un castigo, pero lo es glorioso. Es dignidad, deber, nombradía é inmortalidad, para aquellos que trabajan con los más elevados objetivos y por los propósitos más puros.

Hay muchos que murmuran y se quejan de la ley del trabajo en que vivimos, sin reflexionar que la obe-

(1) Tomado de la conocida fábula de La Fontaine, *le Laboureur et ses enfants*. N. del T.